



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera
INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 79

Salamanca 15 de Julio de 1912

Año VII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



Si mal no recuerdo, creo que ya conté en una de mis impresiones la historia de la cucaña que mi hermano Alfonso solía referirme: «Mira estas tres cucañas», me decía, mostrándome una caricatura. «A una está subiendo un inglés, y sus compatriotas le empujan cuanto pueden; por la segunda trepa un francés, y los suyos, cruzados de brazos, miran cómo sube; por la tercera quiere gatear un español, pero el pobre no logra conseguirlo porque todos sus compatriotas le tiran de los pies».

Esta historia me viene a la memoria con frecuencia.

Tengo delante de mis ojos un anónimo tontísimo, permídenme su autor, que me ha recordado la historia de la cucaña y me ha puesto triste. Figúrense ustedes que hay un español, y lo que es más grave,

de Santander, al menos de Santander viene el anónimo, a quien molestó que yo tributara en mis últimas impresiones un homenaje de respeto y admiración a la memoria del insigne Menéndez Pelayo. En su ceguedad, no sólo me dice que es pura invención el hecho histórico de la sorprendente memoria de Menéndez Pelayo, sino que me niega se haya publicado el libro *Calderón y su teatro*, que tengo sobre mi mesa... (1).

¡Mi mesa! Merece capítulo aparte y sería curioso describir el montón de cosas que revueltas tengo sobre ella. Por hoy sólo quiero echar mano de una memoria que el cónsul de España en Munich ha enviado al Gobierno, y de la cual ha tenido el buen acuerdo de darme una copia. Titúlase *El comercio de frutas españolas en Alemania*.

De algún tiempo a esta parte, ya sea por higiene, o por economía, es lo cierto que ha aumentado mucho el comercio de frutas y legumbres. Los médicos aseguran que las legumbres, las verdes sobre todo, alimentan tanto como la carne, y naturalmente, es más fácil y más barato para los pobres y para los que no son pobres, comprar legumbres que carne. Y no digamos nada de las frutas. Los plátanos, especialmente, están a la orden del día. Cuando yo estaba en Andalucía no sabía apreciarlos, probablemente, porque no tenía más que alargar la mano para cogerlos; pero vine a Munich y noté que los plátanos se consideraban como una verdadera delicatessen.

Recuerdo que en las grandes comidas de Palacio, cuando servían los postres, el Príncipe Regente, con un cariño, que siempre le agradecí mucho, colocaba en su plato lo mejor que de esa fruta servían y me lo enviaba por un lacayo. Hoy hay en todas las ciudades de Alemania grandes comercios de plátanos; pero aún hay mucha gente que se queja de que España, rica en esa clase de frutas, no envíe toda la cantidad que debiera enviar.

Lo mismo sucede con las naranjas. Yo admiro a estos valientes españoles, establecidos en Munich con comercios de frutas. Su labor merecía de España que tratara de organizar mejor la exportación de frutas y legumbres. Por ejemplo: los 300 vagones de naranjas españolas que ha registrado la aduana de Munich en la última estación del invierno de 1911 a 1912, aumentarían sin duda si lograra

(1) *Calderón y su teatro*, por Marcelino M. y Pelayo, de las Reales Academias Española y de la Historia, Director de la Biblioteca nacional. Conferencias dadas en el Círculo de la Unión Católica, 4.^a edición. Madrid, tipografía de la *Revista de Archivos*. Olozaga, 1-1910.

conseguirse más rapidez en el transporte. Y esto no creo que ofrezca dificultades insuperables.

Desde Valencia a Munich, los vagones de tránsito emplean regularmente doce fechas, ocurriendo en muchos casos emplear algunos días más; en cambio los procedentes de Catania, Palermo, Messina, Calabria, emplean solamente cinco días, siendo de advertir que la distancia que hay desde esos puntos a Munich es aproximadamente la misma que hay desde Valencia a Munich.

Yo creo, en efecto, que los exportadores españoles de frutas debieran entenderse con las compañías de ferrocarriles de España, Francia y Suiza, con objeto de organizar, desde el 1.º de Noviembre al 1.º de Junio, un tren especial naranjero diario de Valencia a Munich, pasando por Cette, Tarrascón, Avignón, Ginebra, Zurich y Lindán. Este tren había de emplear dos días en el trayecto de Valencia a Cerbere, en lugar de cinco, que hoy emplea, y tres de Cerbere a Munich, en lugar de ocho.

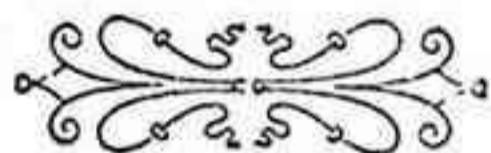
Otra de las dificultades con que tropieza el desarrollo del comercio español en Alemania, consiste en las pocas facilidades que hay para remitir a España dinero.

¿No podría establecerse el giro postal entre España y Alemania?

Acontece con frecuencia que un comerciante alemán desiste de pedir un indicador comercial a España a causa de la dificultad de girar el dinero.

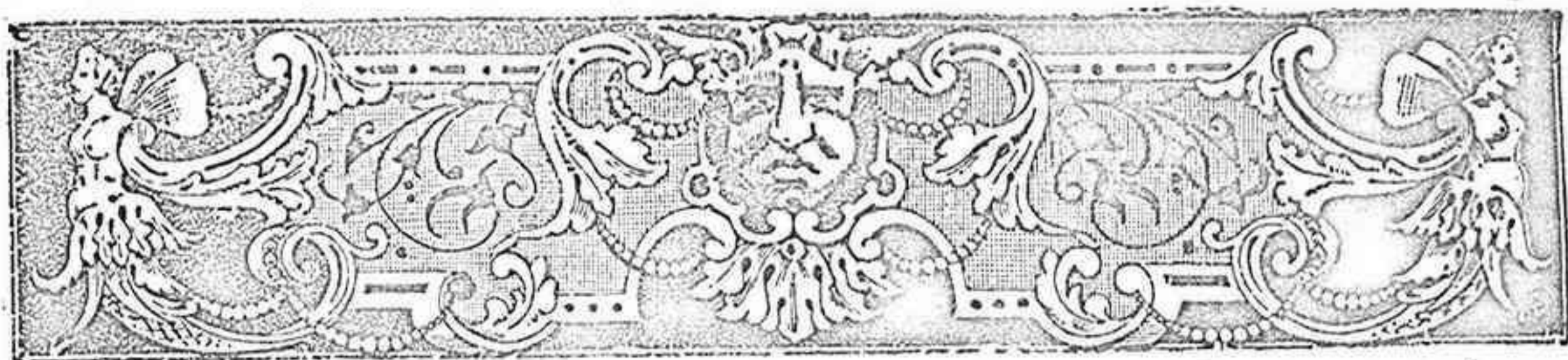
Organizarse, unirse, es lo que se necesita para conseguir esto, como para conseguir otras muchas cosas. La unión y la buena voluntad suelen hacer milagros. Si los exportadores españoles logran organizarse, tan bien como los de otros países, estoy segura que muy pronto España llegaría a extender con ventajas el comercio de frutas en Alemania.

PAZ.





Lord Wellington



DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA

GLORIAS ESPAÑOLAS



BURGOS, Pamplona, Jaén y otras capitales españolas, han conmemorado, con esplendor y devoción cristiana, el triunfo colosal que hace siete siglos alcanzó la cruz sobre la media luna en las fragosidades de Las Navas de Tolosa.

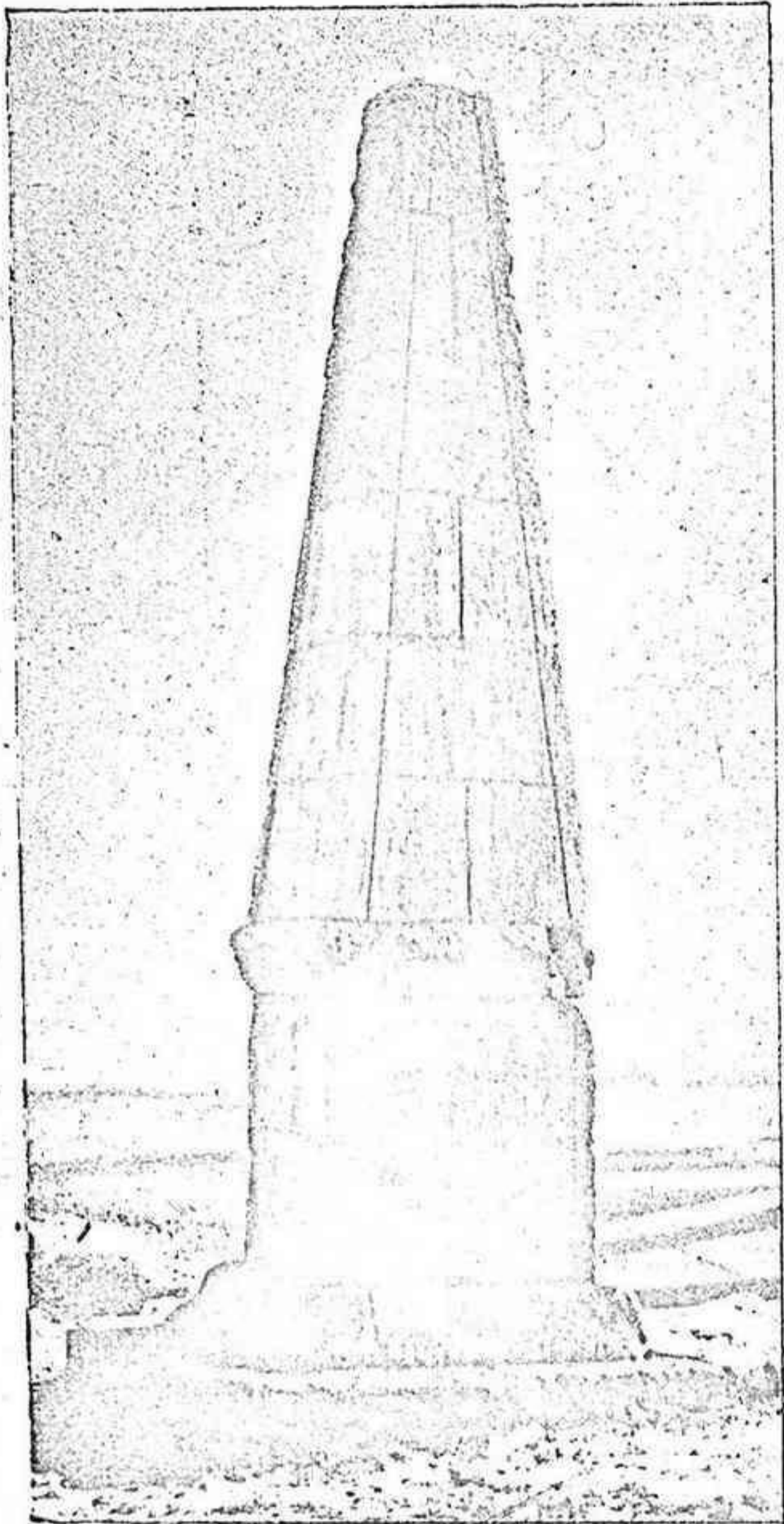
Fueron entonces las mesnadas castellanas, navarras y aragonesas las que con su heroísmo salvaron a la cristiandad e impidieron que el mundo fuera esclavo de los mahometanos, y es gloria inmarcesible la que irradia aquella cruenta batalla sobre los guerreros de España entera, que sacrificaron sus vidas por la Religión y la Patria.

Encanta leer en el historiador D. Rodrigo, que asistió al combate y en él tomó parte, la descripción de tanto heroísmo, el asalto furioso y decisivo de Sancho el Fuerte a las cadenas que defendían las tiendas del Miramamolín, la decisión de Alfonso VIII de morir con los suyos cuando creyó perdida la batalla y el canto de gracias, conseguida la victoria, de un ejército creyente que ofrenda a Dios su éxito, convencido de que toda fuerza viene de Él.

Salamanca, después, honra a los héroes que en los Arapiles, hace cien años, vencieron a las águilas napoleónicas y afirmaron la independencia nacional y el catolicismo que tremolaba en sus banderas y en sus corazones, y es también la Iglesia la que bendice

aquellas tumbas sagradas y canta el valor legendario de los hijos de España.

Y como demostración de que nuestra Patria sólo quiere vivir



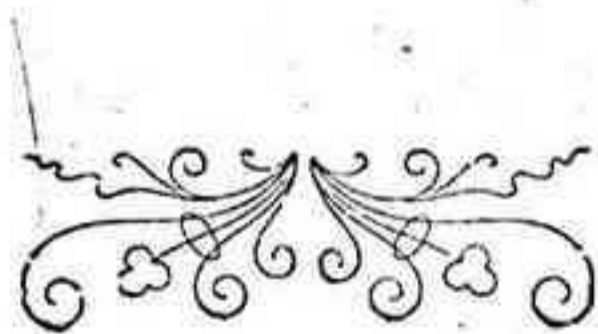
Monumento elevado en los cerros de Arapiles

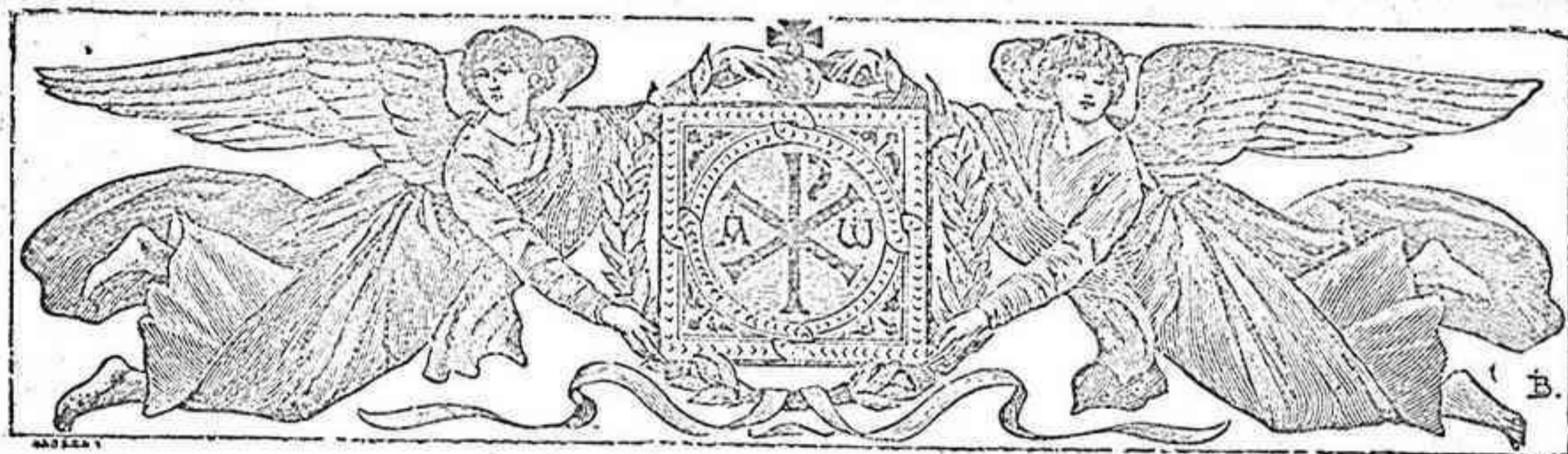
cobijada por la cruz, bajo la cual fué grande y fué buena, descubrió mundos y los civilizó, en la grandiosa Basílica compostelana tendrá lugar el día de Santiago la anual repetición del simbólico voto que recuerda que fué el apóstol el vencedor de Clavijo y el modelo de aquellos caballeros medioevales sin tacha y sin miedo.

La historia de España es la historia de la religión católica, que informó sus leyes, aconsejó a sus reyes, educó a su pueblo y le dió sus virtudes, y siempre que se rememoren glorias nacionales, como ahora ocurre, aparecerán unidas en lazo indisoluble la Iglesia y la Patria.

¡Hermosa unión que será indestructible y que hará que para esta tierra querida amanecan días tan gloriosos como los de Clavijo, Las Navas de Tolosa y Arapiles!

F. de LAZCANO.





LA MUJER BÍBLICA



El tercer ideal de esta mujer es la caridad social que reparte por igual entre sus servidores y los pobres.

Cabía sospechar que el móvil de tantos desvelos y afanes en trabajos tan seria y hondamente calculados fuera el lucro excesivo o la ambiciosa especulación que condena el Profeta Isaías (5, 8-10) hablando de los propietarios avaros.

Esta sospecha, sin embargo, cae por tierra leyendo los versos siguientes (20-25):

20. Sus palmas abrió para el afligido y sus manos extendió para el menesteroso.

21. No temerá de la nieve su familia, porque toda su gente está vestida con vestiduras dobladas.

22. Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido.

23. Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo.

24. Lienzo tejió y vendiólo; franjas dió al cananeo.

25. Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el día postrero.

Como lengua de fuego de Pentecostés, revoloteando sobre la lejana cumbre de los tiempos pasados, brilla esplendorosa de continuo esta sublime sentencia: «abre su mano al pobre».

Los pueblos antiguos, despreciando al pobre, desconocían la limosna, fruto del amor y de la caridad cristiana, cuya precursora fué esta mujer.

Rompiendo con las exigencias egoístas y mezquinas que impo-

nían las costumbres a las gentes de su rango, se da de lleno a los pobres sin preocuparse ni tener en cuenta su posición social y sin que sufran quebranto las obligaciones de su casa.

Contadas fueron siempre las mujeres que acertaron a solucionar el problema de los criados. Esta mujer ideal lo resolvió practicándolo hasta en sus últimos detalles.

Sabiamente previsora, para cuando sea venido el invierno con su cortejo de nieves y fríos, guarda en sus arcas las ropas y mantas de abrigo. Al tiempo mismo que reparte sus ropas abre cariñosa las puertas de su corazón y vierte solícita sobre sus gentes el calor fecundante de sus consejos, que siempre prenden porque van envueltos con el ejemplo: «Observa lo que pasa en su casa» (27).

Cuida mucho de que llegue hasta el último criado la influencia poderosa del ejemplo. Por eso trabaja a toda hora y va delante siempre enseñando el camino, que se hace más fácil y agradable cuando se ve que también lo andan con gusto los que parece que no estaban obligados, que si el ama trabaja alegre y porque quiere, no parecerá bien que rezongue y se queje la criada al mover la fregadera.

El cuarto ideal es la educación moral y el cultivo sano del espíritu. Fíjense, y tomen nota de este rasgo sublime con que quiere señalar el Alfabeto de oro a la mujer de posición elevada, fíjense en la enseñanza y en la cuestión social que se plantea. No se deben amontonar las riquezas espirituales, ni ocultar el capital granjeado aun con el propio esfuerzo para gozarlos egoístamente; sino que hay obligación de levantar la tapa del arca y repartir y poner en circulación el precioso caudal que atesoran los espíritus que tuvieron la suerte de ser cultivados.

No solamente lana y lino pero educación y pan para el espíritu necesitó entonces y necesita aún más ahora el trabajador y el pobre.

Verdaderamente providencial es que estas sociales enseñanzas, tomadas de la revelación divina, tuvieran su cuna en aquella parte del mundo donde el árbol de la ciencia negaba su fruto a la mujer. La cultura era un huerto cerrado a las hijas de Eva.

Todavía en nuestros días la religión de la media luna, entre otras, destierra con brutalidad de la escuela a la mujer.

Los pastores de Madian prohibieron llegar a la fuente y acercarse al canal a las siete pastoras; pero Moisés defendió sus derechos y las permitió acercarse (Exodo 2, 16-17).

La Revelación y la Ley Mosáica dejaron a la mujer franco el paso

para poder llegar hasta las fuentes y canales de la religión y de la cultura.

En nuestro cantar es el mismo Dios quien reconoce que «la sabiduría y enseñanza dulce es cosa de la mujer».

Repetidas veces se habla en el libro de los *Proverbios* de la ocupación de la mujer en la enseñanza y educación.

El hijo no debe despreciar los consejos de la madre (1, 8; 6, 20) y se hace responsable a la madre en su honor del resultado de la educación (29).

El santo temor de Dios o la piedad, en lenguaje del día, es el quinto ideal de la mujer bíblica.

En medio de sus grandes preocupaciones y presidiendo todos sus trabajos la vida interior de esta mujer ejemplar descansa invariablemente en el temor de Dios.

Ante este pensamiento el entusiasmo lírico del hijo poeta crece y se eleva extraordinariamente.

Su canto se torna más delicado, más íntimo. Sus palabras suenan más dulcemente porque van dichas con más llaneza, con más confianza. Al llegar aquí comienza a tutear a su madre.

29. «Muchas hijas allegaron riquezas; mas tú subiste sobre todas».

30. «Engaño es el buen donaire y burlería la hermosura; la mujer que teme a Dios esa es digna de loor».

31. «Dadle el fruto de sus manos y léenla en las plazas sus obras».

Estas alabanzas de Samuel son como la palma que depositó sobre la tumba de su madre

Con su temperamento mozo y el arrogante orgullo de hijo, puede cantar: «Muchas mujeres han hecho buenas y grandes cosas, sirviendo de espejo a la familia, en el trabajo alegre, en la caridad social, en la limosna espiritual; pero tú subiste sobre todas.

Este sentido y alto elogio pregonero de las excelencias y virtudes de una madre dos veces reina, por estirpe y por corazón, es el *Salve Regina* que entona un hijo a la mujer modelo y madre ejemplar.

Su memoria será bendita porque anduvo los caminos de la virtud, de la moral, de la ética; y dió de mano y no se curó para nada de los ostentosos y faranduleros de la elegancia y de la estética, encubridores de vanidades y peligros lujosos.

«Los encantos son engañosos y la belleza pasa, la mujer piadosa es más respetada».

En el mismo nombre que lleva su hijo Samuel, que vale tanto «como consagrado a Dios, perteneciente a Dios», salta a la vista el pensamiento que siempre traía en la memoria esta mujer ideal.

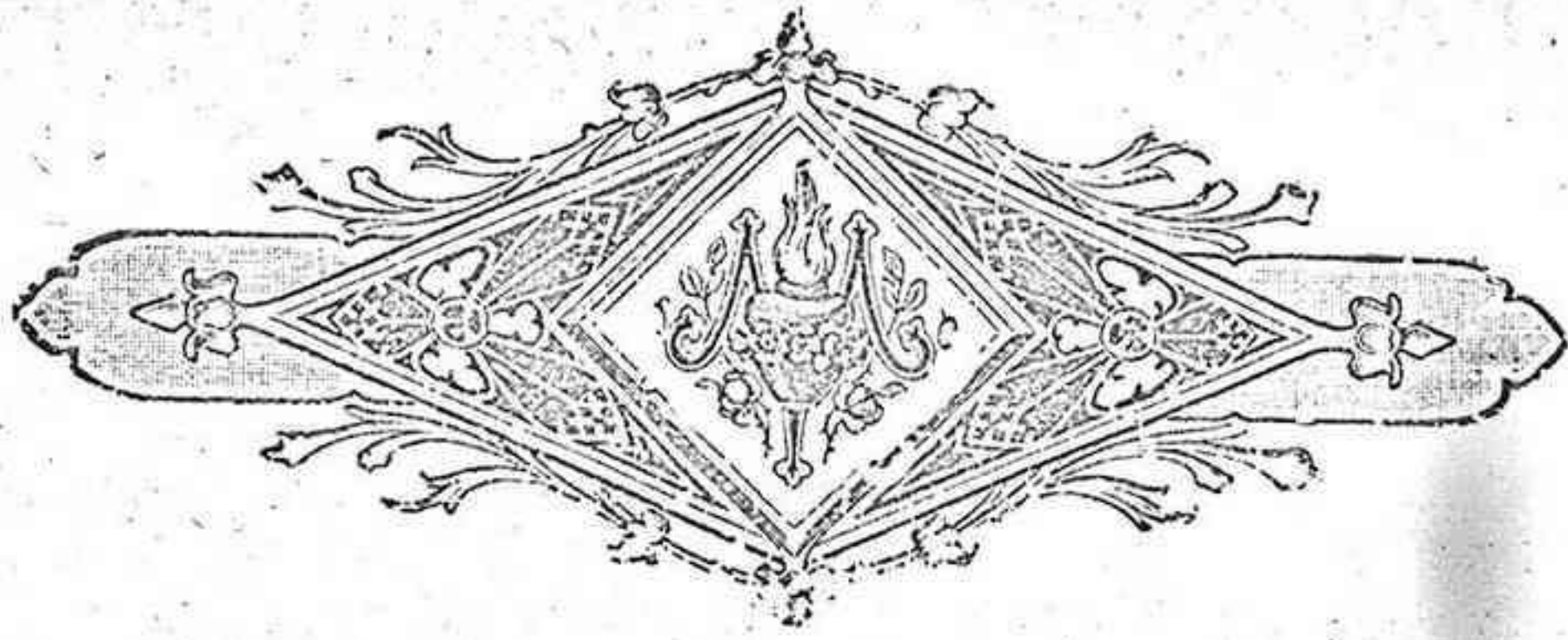
La Religión era la divisa que presidía, dirigía e iluminaba toda su vida pública. Cifra y compendio de su sistema educativo era el temor de Dios.

Mírense en este limpio espejo todas las madres cristianas y vean de imitar, hasta copiarlo si posible fuera, tan acabado modelo.

DR. MICHAEL TAULHABER,

Obispo de Spira.





¿CARACTER RARO?

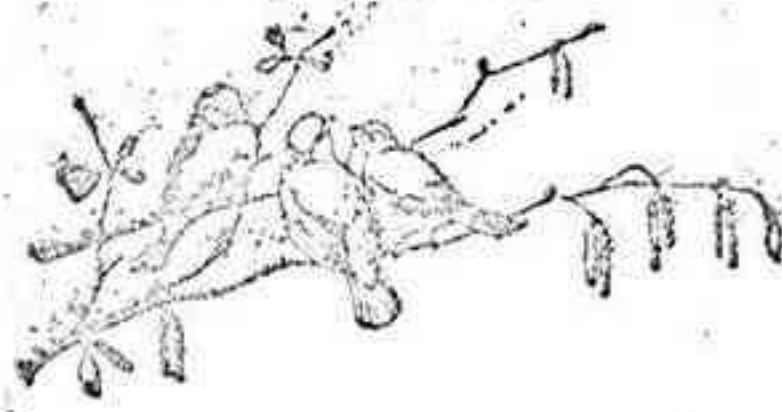
Ya no goza, ya no ríe,
ya no ronda los portales de la plaza
entonando alegres cantos
al compás de su vihuela bien templada;
ya no juega a la pelota
con aquel desembarazo, aquella gracia
que formaban el encanto de los muchos
que mirándole jugar se recreaban;
ya no alarga como antes
en el juego de la barra,
ni se cuentan sus aciertos por sus tiros
en el blanco y en el juego de la calva.
Ha mudado por completo
y ¡con qué triste mudanza!
El que siempre tan atento, tan amable,
a cualquiera saludaba,
con loable timidez a los ancianos
por respeto hacia sus canas,
con dulzura, con cariño a los amigos,
con donaire y gentileza a las zagalas,
él que siempre tan gallardo, tan apuesto
cual ninguno en la comarca,
fué de todos admirado,
de las fiestas todas alma,
el encanto y el orgullo de sus padres,
el ensueño y la ilusión de las muchachas,
ora triste, melancólico, sombrío,
bajo el peso abrumador de hondas nostalgias
va cruzando los senderos de la vida
con su vista siempre baja,
con su lengua siempre muda,
con su faz siempre enlutada,

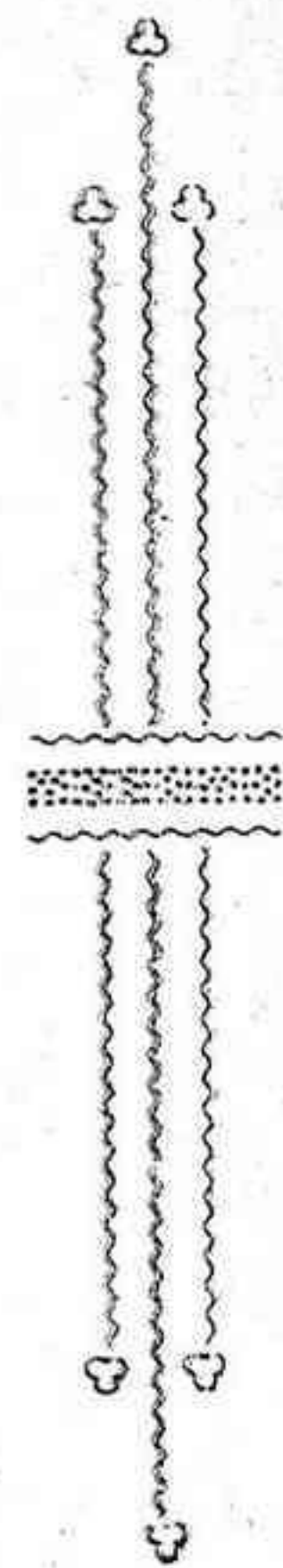
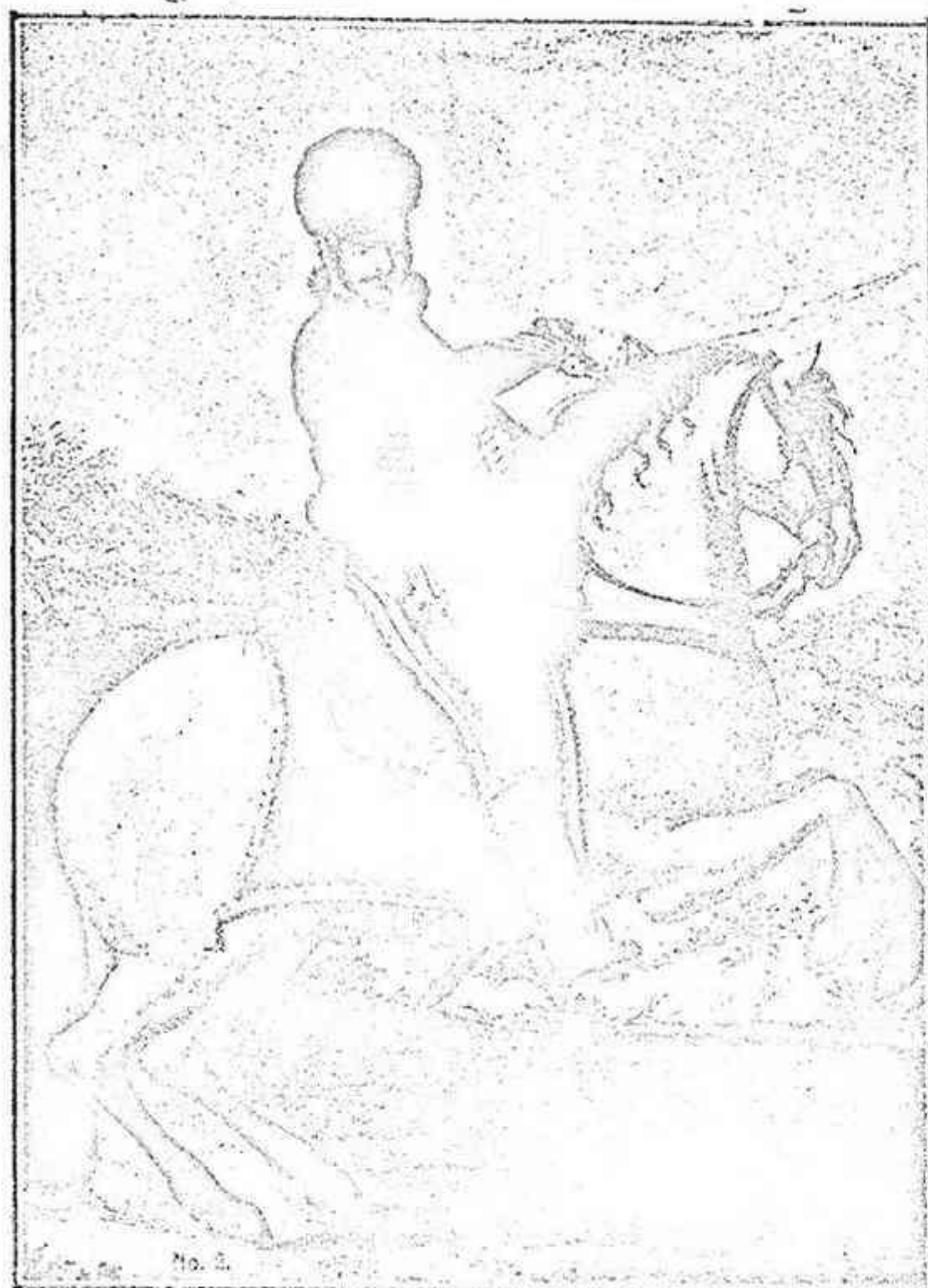
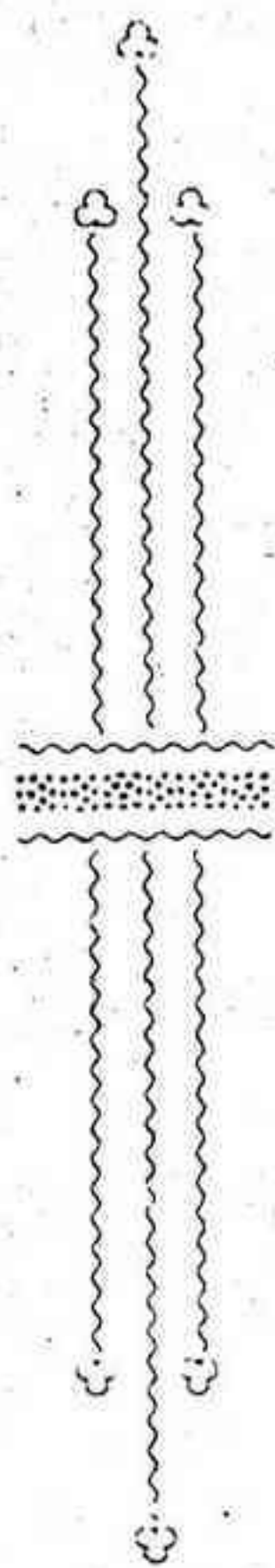
y en silencio devorando sus pesares
 abismado en los abismos de su alma,
 busca siempre los lugares solitarios,
 que hasta el trato con la gente le empalaga;
 y sus fiestas le parecen desatinos,
 y simplezas, necedades sus palabras...
 ¡Cómo cambian con las cosas de la vida
 los sentires é ideales de las almas!
 ¡Cómo nublan prematuros desengaños
 el hermoso cielo azul de la esperanza!
 Hoy el mundo llama raro y retraído
 al cambiado Periquillo de tía Clara...

No era así, cuando él vivía
 sin heridas en el alma;
 no era raro Periquillo
 cuando el mundo atravesaba
 disfrutando conquistadas realidades
 y abrigando realizables esperanzas;
 no era raro cuando andaba por el mundo
 sin los tristes desengaños que hoy amargan
 la existencia que arrastrando
 va por sendas solitarias.

¿Hoy es raro y retraído?
 ¿Hoy el trato con la gente le empalaga...?
 No me extraña su rareza,
 no me extraña su mudanza.
 Yo conozco «muchos raros» en el mundo
 como el hijo de tía Clara.

Juan Antonio MARTÍN IGLESIAS.

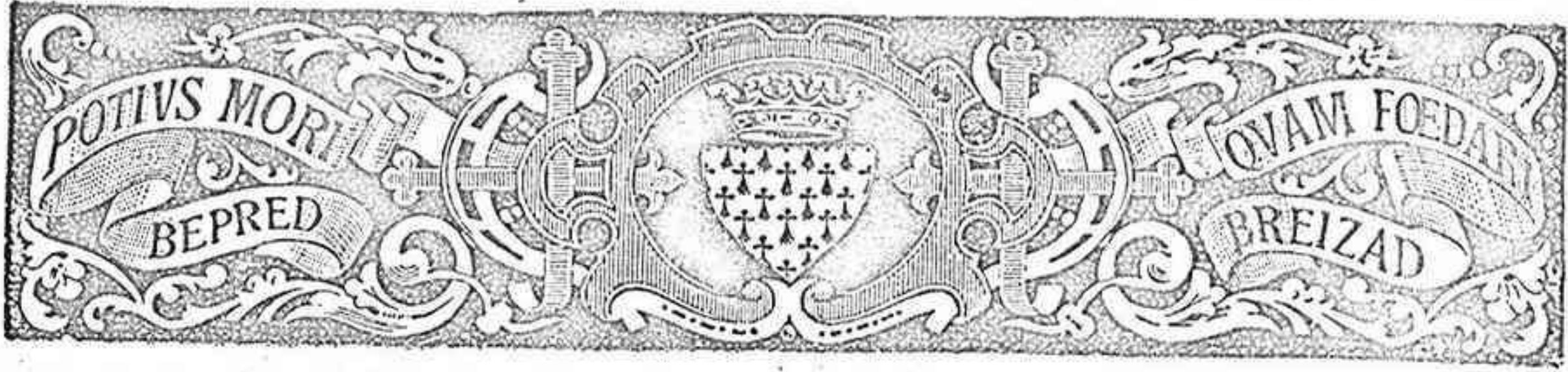




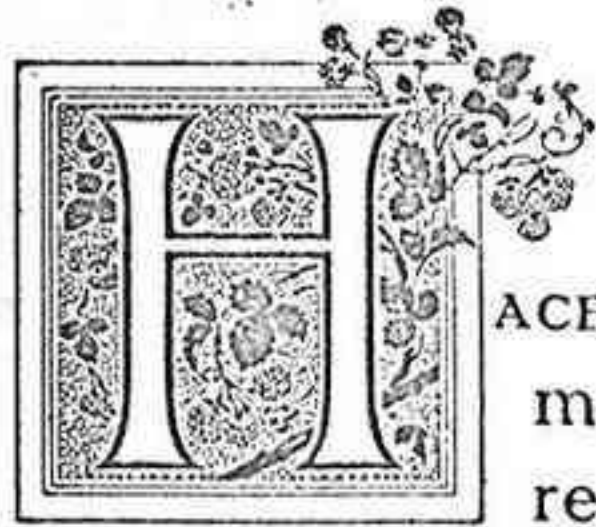
El guerrillero salmantino don Julián Sánchez
(El Charro)



Una calle de Arapiles



REINA Y MADRE



HACE tiempo que deseaba dedicar unos renglones muy modestos, pero muy sinceros, a ensalzar la figura, realmente digna de veneración, de la Reina María Cristina, tan conocida de todos los españoles y tan querida por todas las clases de la sociedad, quizá más todavía por los pobres, a quienes socorre con tal generosidad... No se me ha olvidado cómo la conocí... No fué haciendo antesala en la cámara regia, esperando el instante de ser admitida a la audiencia concedida... Ninguna etiqueta rodeó mi primer encuentro con la Reina María Cristina... De resultados de un *acto heroico* ejercido por mi persona en la guerra que entablábamos los moros y cristianos en el convento donde me eduqué, tuve que pasar a inválidos y quedé privada de mezclarme en los juegos, por lo menos durante la tarde que siguió a la mañana de mi proeza... y aquella tarde justamente visitó el convento, como solía hacerlo con frecuencia, la Reina con sus tres hijos: el Rey tenía tres palmos de alto, poco más o menos, y así y todo ya demostraba sus entusiasmos militares, conformándose por entonces con constituirse en general en jefe del ejército formado por las colegialas.

Arrinconada en un banco veía yo cómo jugaban las demás, cuando se me acercó la Reina y con una sonrisa que se convirtió en franca hilaridad, cuando supo el motivo de mi forzosa reclusión, me preguntó qué hacía allí tan sola.

Con mucha bondad me habló durante unos momentos, y cuando se separó de mí, dejaba en aquella colegiala aturdida y traviesa un recuerdo de afectuosa gratitud que no se ha borrado jamás.

Mientras jugábamos, siempre que iba la Reina a visitar el convento, no dejaba de observar los juegos del Rey, y su mirada, dulce y

cariñosa, no se separaba de la del hijo, por quien tanto y tanto se desvelaba, y producía emoción el grupo que ambos formaban cuando el Rey, olvidando durante unos segundos sus diversiones, se dirigía hacia su madre para darla un beso... Esta unión, unión de los cuatro, de los hijos y de la Reina, no se ha desmentido nunca... El ejemplo dado con ello ha sido de extraordinaria fuerza, tanto más, cuanto que no estábamos acostumbrados a que en los Palacios reales existiera, y a que el cariño supiera vencer las etiquetas todas, que tan mal se avienen con el corazón.

Pasaron años, muchos años; distintos acontecimientos ocurrieron en España...; uno de ellos fué la pérdida de las colonias... y más de una vez pensé en lo que sufriría la Reina, que guardaba un trono para su hijo, y que veía desaparecer parte de los dominios que eran suyos... arrancados brutalmente por la fuerza numérica, por la traición de los naturales del país que perdíamos, por el abandono en que nos dejaron las potencias, satisfechas quizá de ver abatido al león español, tan erguido siglos antes, cuando el sol no se ponía en las posesiones, en las que flotaba al aire la bandera bicolor.

Muchos creen que en los palacios no se llora, que no se hace más que gozar, que la sonrisa aparece constantemente en los labios de sus moradores. ¡Qué ilusión! Pesan no poco las coronas... y el cetro es difícil de llevar. Más derecho a llorar tenía la madre del soldado que partía, que la Reina cuando la amargura invadía su corazón... y si lloraba, sus lágrimas no podían ser vistas... ¡dura esclavitud la de los Reyes, que jamás pueden dar rienda suelta a sus emociones, que siempre se han de contener porque no es de etiqueta demostrar lo que sienten, sea alegre, sea triste.

Fueron días sombríos, para la que veía terminarse el poderío colonial, empezado en Colón, y cuando reinaba otra mujer más feliz en su reinado que lo era ella.

Después pasó la nube sombría... España se levantaba de su prostración... el trabajo la regeneraba... lucía de nuevo el sol de la felicidad, de la paz, y la bandera, plegada, tornaba a erguirse con una esperanza tenaz de volver a cubrir con sus pliegues una patria grande, floreciente, respetada de las demás naciones.

Y en Palacio volvió a renacer la calma, se fué dulcificando la herida, quedaba intacta la casa solariega, aún no había motivo para desesperar.

De pronto, cuando nadie la aguardaba, la muerte segó en flor a la que nosotras, allá en el colegio, llamábamos *la Princesita*, y se cubrieron de crespones los techos de la regia mansión, y el luto se

enseñoreó de los corazones que le estaban unidos por los lazos de la sangre y del amor.

¡Pobre madre! Anonadada por el terrible golpe, tan inesperado, que deshacía el castillo de sus esperanzas y colocaba una cruz dolorosa sobre sus hombros, cayó de rodillas junto al lecho donde su hija moría, y no protestó.

Seguramente sus labios murmuraron la plegaria del Maestro Divino en la noche de su agonía: «Padre, si es posible, ¡si es posible, Señor! pase de mí este cáliz»; pero enseguida agregaba: *Fiat voluntas tua*. Hágase tu voluntad. La muerte por segunda vez destruía el hogar de su alma... por segunda vez ennegrecía su horizonte con su fúnebre aparición.

La Reina había sufrido mucho... el dolor de la madre no admitía, sin embargo, comparación con ningún otro dolor.

Siguió el tiempo su camino, se transformó la mansión regia, y vocécitas infantiles resonaron de nuevo en sus lujosas cámaras, en sus espaciosos salones.—Mientras tanto, la Reina María Cristina, la Reina tan respetada, tan querida en Madrid, continuaba su vida ocupada gran parte de ella en hacer el bien, en enjugar lágrimas, en reemplazar la miseria con su modesto pero alegre bienestar en muchas casas donde el trabajo no alcanzaba para comer.

Y volví a verla. No se acordaba de la colegiala de entonces, del *abanderado* del campo cristiano herido en la refriega. Le dije mi procedencia, le conté cómo la había conocido, sonrió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por el recuerdo de la época en que con ella iban los tres niños, y tuvo frases que me revelaron la pena siempre latente en el corazón de la madre.

Con la misma bondad, con idéntica dulzura que cuando se me acercó de niña, me interrogó sobre mis escritos, con un interés, con un cariño, citándome datos que me dejaron ver que ella me leía... y salí de la estancia penetrada de la más profunda gratitud. Esta gratitud he querido exteriorizarla. No son nada estas líneas para hablar de la Reina madre, para quien con tal expresión de respeto y cariño pedía la bendición del cielo Su Santidad, cuando estuvimos los peregrinos españoles en Roma. Como Reina, hizo cuanto pudo por unirse con su pueblo y por favorecerle.

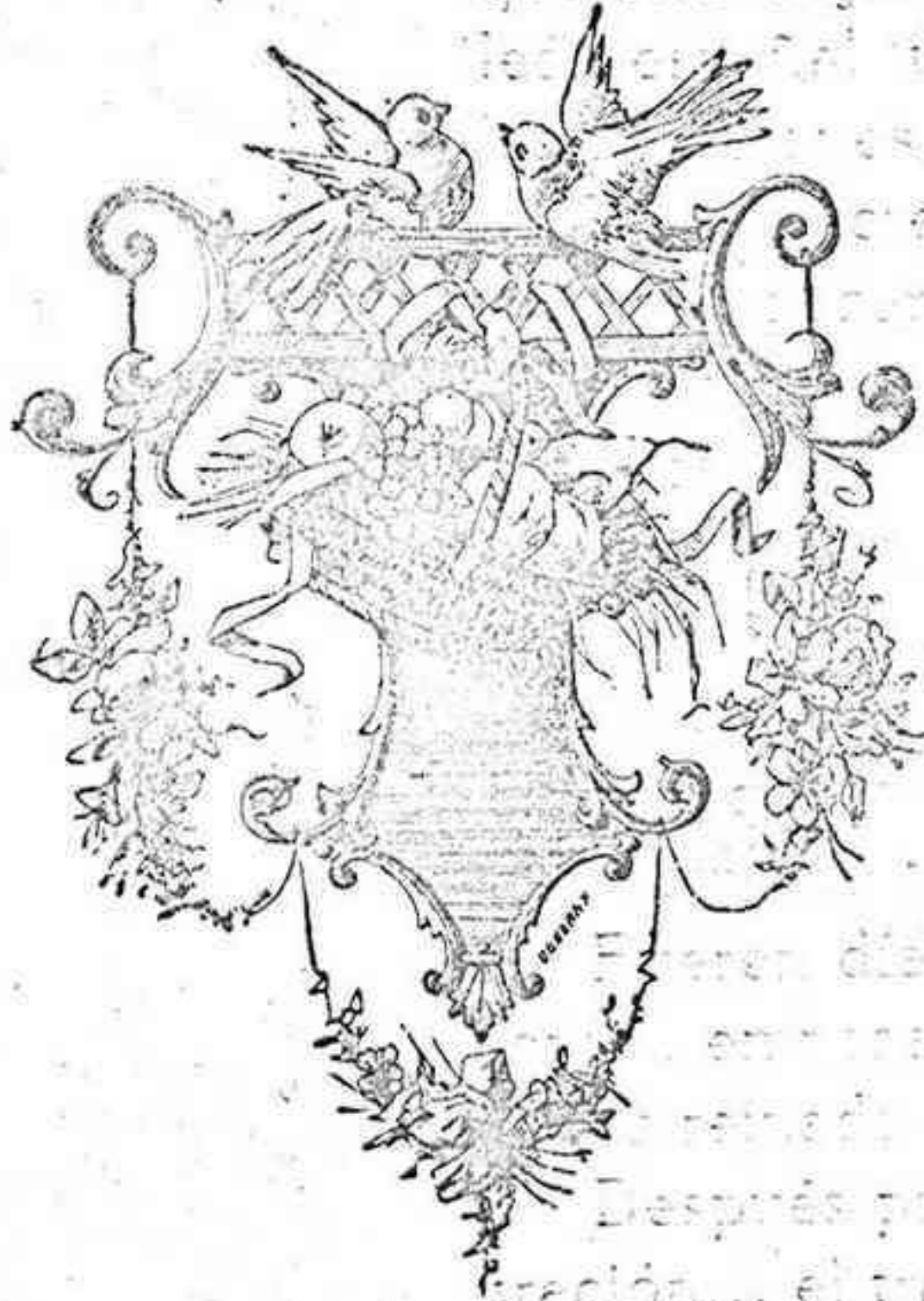
Como madre, su figura adquiere un relieve especial. Para ambas, mi respetuosa y leal adhesión.

Aun cuando publiqué en *El Buen Consejo* el anterior artículo, me ha parecido oportuno reproducirlo en una revista que pertenece,

o por lo menos dirige, una persona de la casa Real, y en cuyas páginas se insertan esas «Impresiones de mi vida», tan hermosas en su franca sencillez, impresiones que nos dicen lo que encierra el corazón de la Infanta Paz, tan querida y tan respetada de todos los españoles. *Impresiones de mi vida* son también las líneas que aquí reproduzco. Confío, por lo tanto, que LA BASÍLICA TERESIANA les dé hospitalidad.

María DE ECHARRI.

Pasaron años, muchos años; distintos años en Egipto... después de ellos fue la pérdida de una gran parte de lo que sufría la Reina... para su hijo, y que veía desaparecer parte de sus... arrancados bruscamente por la fuerza de los naturales del país que perdíamos que nos dejaron las atenciones, satisfechas...



Después pasó la noche sombría... España... el trabajo la regeneraba... lucía de... ciudad de la per... después... esperanzas... de flores... T. en. P. ario volvió a renovar la calma...



Vista general del cerro mayor de los Arapiles



DEL LIBRO DE MIS RECUERDOS



ENTRE las siluetas de hombres eminentes que más grabadas quedaron en mi cerebro de niño, figura la de un santo prelado que ocupó para honor de la Iglesia Católica las sillas de Santander y de Cádiz; llamóse este sacerdote insigne don Vicente Calvo y Valero. Entre los recuerdos algo confusos de mi niñez se me representa predicando en Santa María del Mar, antiguo templo parroquial de Castro-Urdiales, edificado sobre un peñón que baten las olas del Cantábrico.

El ruido de éstas servía de majestuoso acompañamiento a la palabra castiza, elocuente y serena del virtuoso Obispo. Un tío mío, llamado a ocupar más tarde una de las Sillas Arzobispales de España, a la sazón modesto párroco de la ciudad montañesa, asistía revestido a las ceremonias sagradas que se desarrollaban en el altar mayor entre nubes de incienso.

Las palabras del Obispo de Santander, cuya majestuosa figura se destacaba sobre el púlpito de la iglesia, venían a infiltrarse en mi espíritu abierto a los acentos de la fé y depositaban en él las semillas de un amor eterno a las viejas leyendas patrias cuyos actores: santos, caballeros, héroes y reyes aparecían rodeados por la episcopal elocuencia del doctísimo varón de una aureola resplandeciente de sobrehumana belleza. Los «ruidos» pescadores humillaban sus frentes, altivas ante los cruentos golpes del mar, en el polvo del santuario, y la España clásica del heroísmo caballeresco que cantaba a la patria, a la fé y al amor, se incrustaba en mi alma de niño, en aquel imponente escenario de religión y de arte, completado y engrandecido por la voz potente del cantábrico mar cuyas olas can-

taban un himno eterno a la Naturaleza a las mismas puertas del templo del Señor. Vuelto de Castro-Urdiales a mi aldea vizcaína el recuerdo del episcopal sermón seguía llenando por entero mi mente y las palabras del orador sagrado impresas a perpetuidad en la cera blanda de mi substancia gris predisponían mi espíritu a la imitación oratoria que un día, sin poder refrenarse congregó al eco de las palabras del Obispo fielmente retenidas a cuantas mujeres regresaban de la fuente en una bella tarde de verano en el modesto pueblo de mi residencia veraniega. La homilía, que trataba de los deberes de la mujer cristiana en el hogar doméstico, causó sensación profunda en el sencillo auditorio y fué reputada como superior en doctrina y en elocuencia a las que predicaba el buen párroco don Rufino en la Misa mayor. El rumor del éxito llegó bien pronto a oídos de mi familia y recuerdo que mi tía Guadalupe tuvo tal curiosidad de conocer el sermón, que llegó a ofrecerme una moneda de oro si le repetía, pero la obstinación y el incipiente orgullo infantil, pudieron más que la codicia y sus deseos no fueron satisfechos. Así comenzó, ¡extraño destino de los hombres!, debutando como orador sagrado a los siete años de edad, quien había de explicar un día Química orgánica en la Universidad de Barcelona. Andando el tiempo el Obispo Calvo y Valero fué trasladado a la Silla de Cádiz y acordándose de los talentos y virtudes del párroco de Santa María de Castro, nombróle canónigo de aquella Basílica. Convaleciente yo de grave enfermedad, los médicos aconsejaron a mi padre me enviase a clima más templado, y ninguno mejor que el de la hermosa ciudad andaluza, en cuya Facultad de Medicina cursé los estudios preparatorios. Allí volví a encontrar a mi primer maestro de oratoria, rodeado de todos los esplendores de su virtud y de su genio apostólico. Experimentaba cuando iba a visitarle un placer inmenso escuchando su conversación amenísima y elocuente. Profesábame un afecto grande, reprendiendo con severo acento a los que me preguntaban si estudiaba para boticario—para químico, que no es lo mismo—rectificaba S. E. y su contento no fué pequeño, mezclado con algún enojo, cuando los profesores de la Facultad le comunicaron que de las cuatro asignaturas se me habían concedido sólo tres premios, por no haber precedentes en aquella escuela de que ningún alumno hubiera alcanzado los cuatro. Aún parece que veo aquella celda monacal sobre cuyo blanco fondo se destacaba la figura majestuosa del prelado envuelta en sus moradas vestiduras, sentado en un sillón de cuero de Córdoba, accionando como en el púlpito de Castro con sus manos blancas y delicadas de retrato antiguo; un silencio

profundo, un ambiente de suprema paz, hacía que resonase el timbre purísimo de su palabra evangélica. Yo no he oído nunca un orador más elegante ni más sencillo que aquél.

La celda recibía torrentes de luz por un mirador desde donde se abarcaba la inmensa superficie del mar. Algún navío se perdía en lontananza como absorbido en los confines del horizonte, mientras las gaviotas reflejaban sus altas siluetas sobre el espejo de las ondas.

Una melancolía infinita invade mi espíritu cuando recuerdo aquel tranquilo cuadro cuya principal figura duerme ya el último sueño bajo las losas de la Catedral gaditana, en el panteón restaurado por él cuando fué canónigo-conservador de aquella maravilla del arte cristiano.

El santo Obispo como todo varón justo, vió turbados los últimos años de su vida por la ingratitud y la maldad de los hombres. Fué Calvo y Valero uno de aquellos grandes varones apostólicos del corte cisneriano que en una España grande hubiera ocupado por sus indomables energías, concepción grandiosa y abnegada virtud la sede toledana, como otro don Pedro González de Mendoza. Nacido en tiempo de lamentable decadencia para la Iglesia y para la Patria, hubo de ser necesariamente víctima de la pequeñez de sus contemporáneos. Calvo y Valero edificó en Cádiz un suntuoso Seminario del que fué inspirado arquitecto, consiguió para los artilleros de la misma ciudad la adjudicación del crucero *Carlos V*; arrancó del cadalso un reo de muerte; protegió a los hombres de ciencia y virtud; alentó los trabajos de los artistas; salvó, siendo canónigo, de la revolución los tesoros de la Catedral gaditana, siendo propuesto Obispo a los treinta y tantos años por un Gobierno republicano.

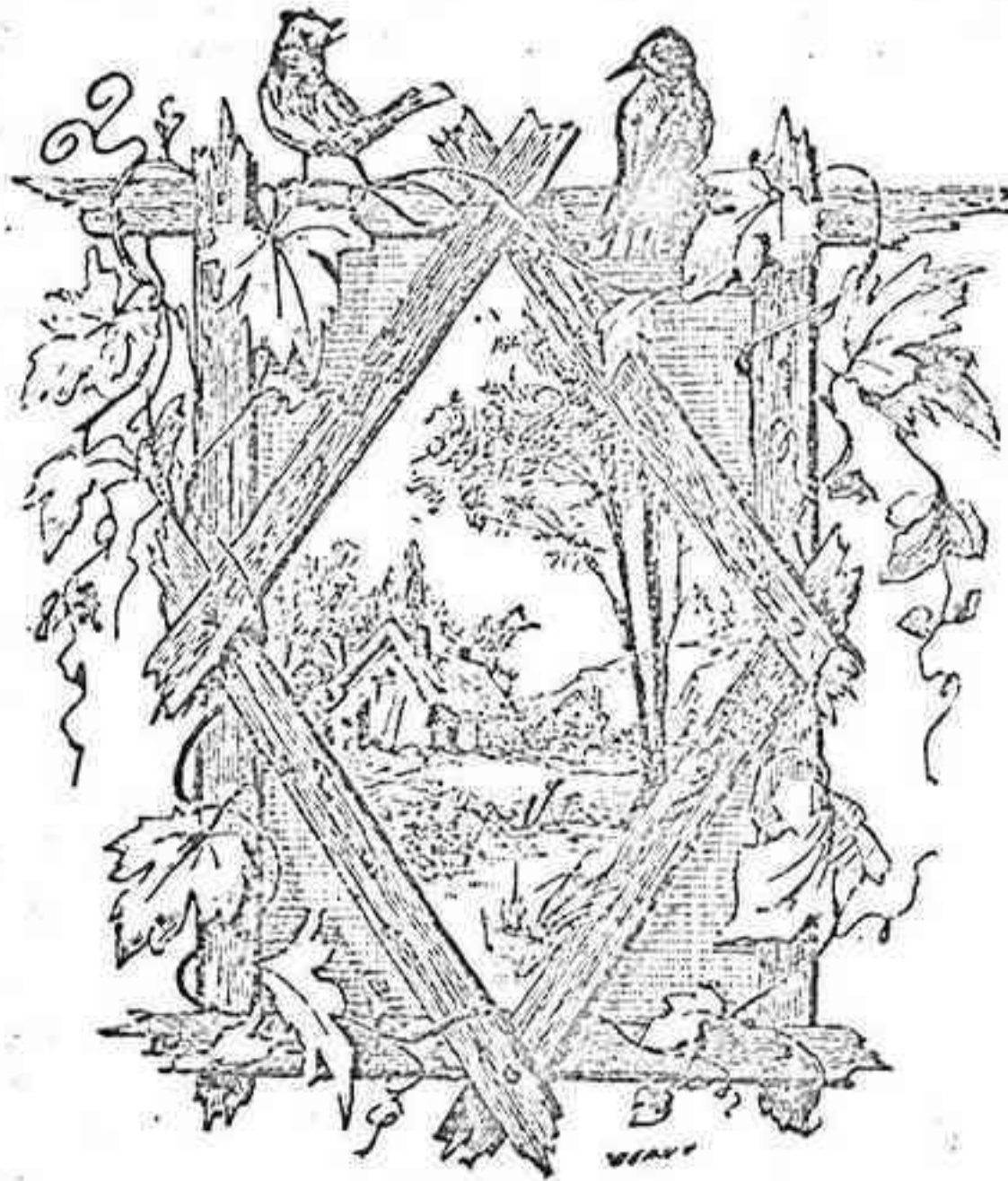
Habiendo hecho el Obispo Calvo y Valero grandes beneficios, tenía que experimentar necesariamente grandes ingratitudes: muchachos huérfanos, recogidos por su ardiente caridad del arroyo, educados a sus expensas y elevados por último a la categoría de canónigos de su basílica a costa de grandes luchas, le negaron el día mismo de su muerte; una hermana tuvo que ofrecer sus pendientes para que se enterrara con el debido decoro al Siervo de Dios que moría pobre como el divino maestro cuya doctrina había predicado; el vecindario de Cádiz comprendió lo que había perdido colgando de negro sus balcones, tardó homenaje al varón evangélico que tanto había trabajado por su bienestar. Cuantos más días pasan, cual ocurre con todas las grandes figuras, agigantase la silueta del prelado cisneriano que predicando con la palabra y con el ejemplo

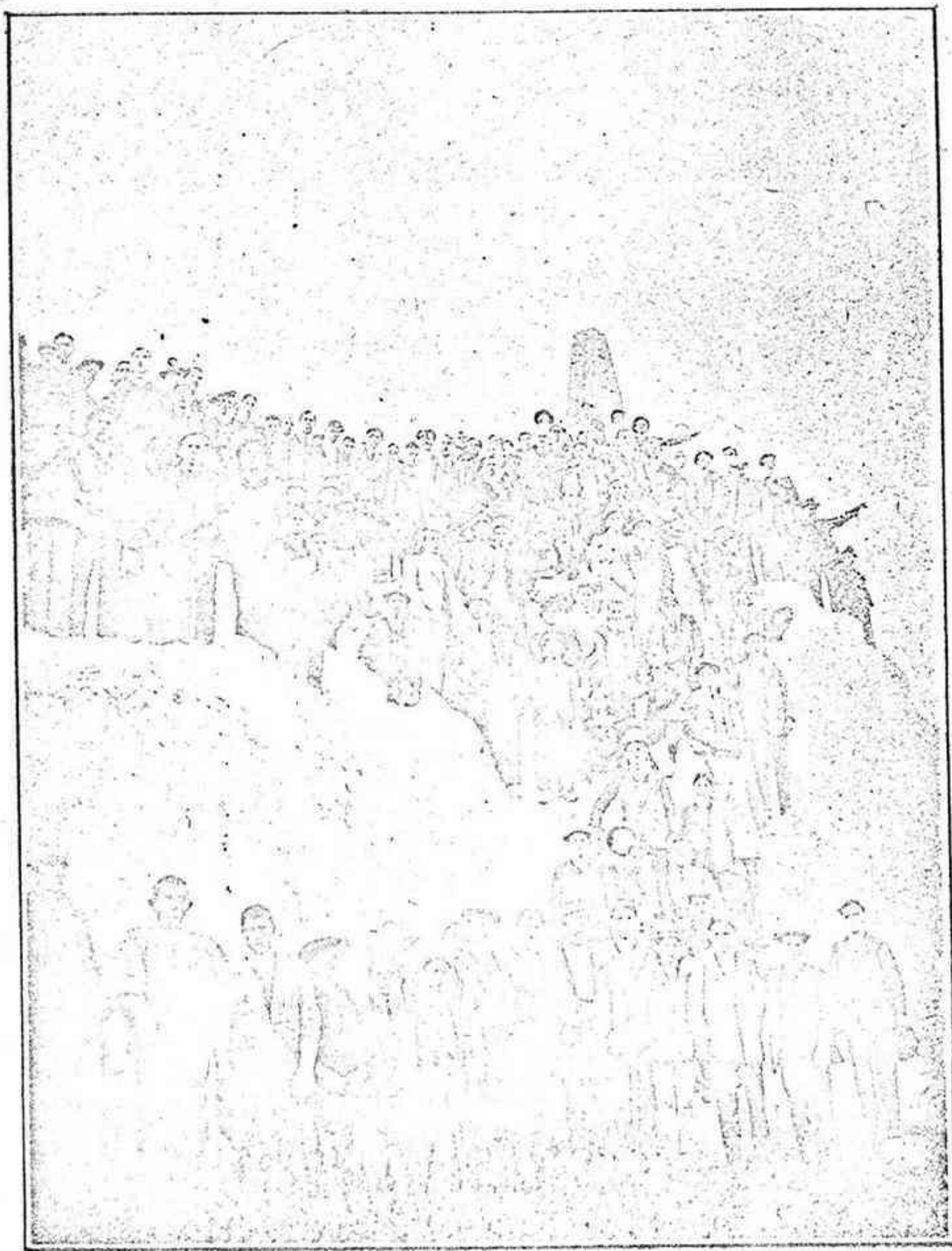
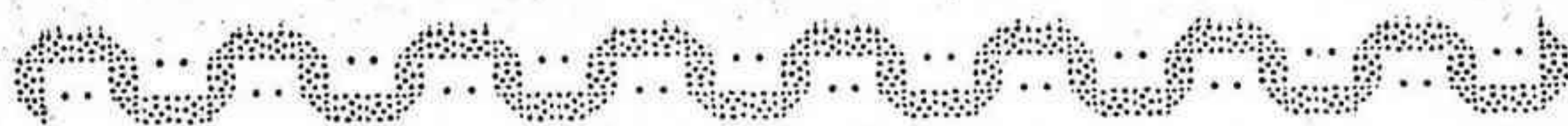
Las sublimes doctrinas del Crucificado, fué moralmente crucificado como él en los últimos años de su vida mortal.

¡Honor a la memoria del Excmo. Sr. Ldo. D. Vicente Calvo y Valero, Obispo de Cádiz y Algeciras y Administrador apostólico de Ceuta!

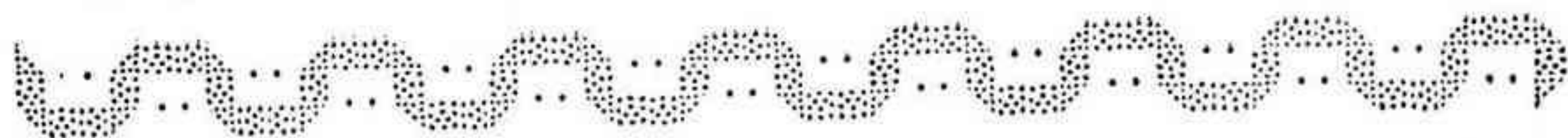
Agustín MURUA Y VALERDI

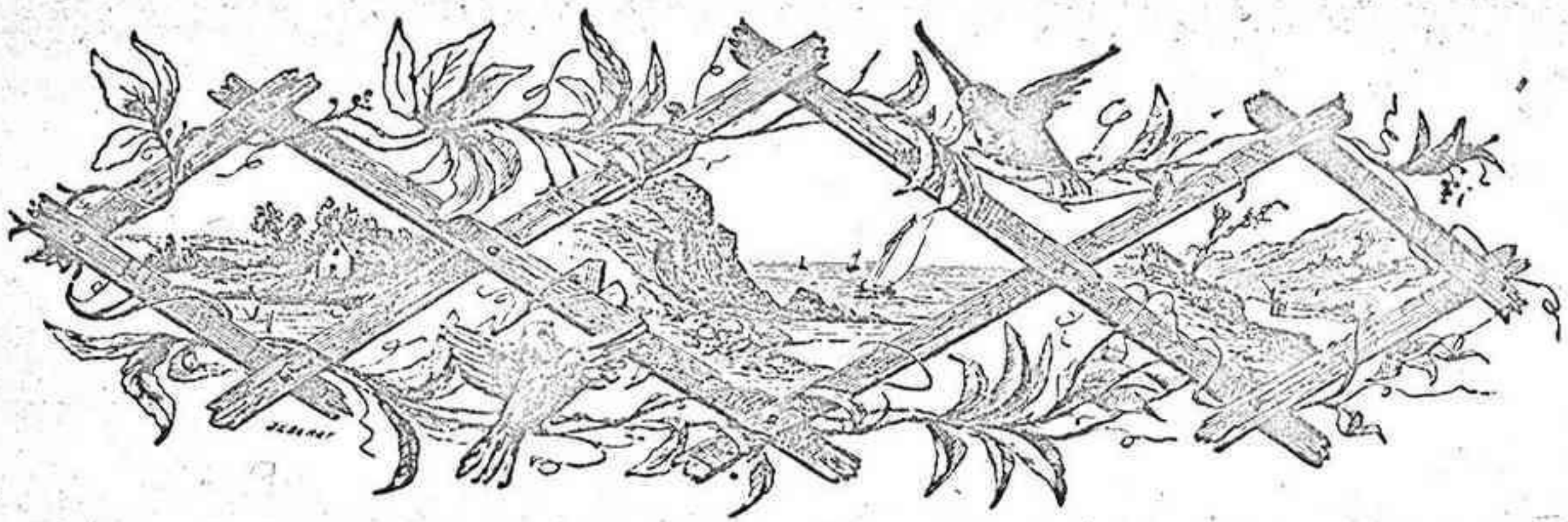
(De la Real Academia de Ciencias y Artes).





Los doscientos alumnos de la Escuela Normal en la cumbre del Árapil, rodeando el modesto monumento conmemorativo de la célebre batalla, y dirigidos por su profesor de Historia don Lorenzo Niño y Viñas, celebran el centenario de tan importante hecho de armas dando un ¡Viva España! que, a la vez que llena todo aquel campo en que se cubrieron de gloria nuestras armas, enardece con sus ecos el más acendrado patriotismo de los futuros maestros, en los que debe verse el principal elemento de progreso.





ZURRÓN DE POBRE



o son los organillos callejeros, ni quien tal pensó, invención que me agrade.

Cabalmente me doy a pensar que ésta, y no otra, será la razón por la cual tan despiadadamente me persiguen, antipáticos y molestos, en todas partes y a todas horas.

Una de estas pasadas tardes de Julio creció y se enconó rabiosa la enemiga que yo tenía a semejantes artefactos.

La tarde esa que digo estaba yo metido en mi cuarto relamiéndome a solas de gusto con la lectura de cierto famosísimo y clásico libro.

Apenas hube comenzado a paladear el aromático y añejo saborcete que soltaba su frase limpia y jugosa; no bien el hilito agraz y subido de sus pensamientos recios y zumosos quiso resbalar cosquilleando por mi garganta, cuando, torrenciales y alborotadores, por las puertas abiertas de par en par de mis balcones penetraron ingratos los primeros martillazos de un piano manubrio.

¡Caricatura asquesora del arte, olla podrida de la música y verdedero público de inmundicias... yo te detesto!

Vivamente contrariado cerré el libro y salí de casa atravesando por entremedias de la golfería y recordando con amargura que el autor esclarecido de esta obra primorosa fué, en tiempos mejores, alcalde de Salamanca, donde, según todas las señas, debió escribir la estupenda creación cuyo mérito literario—y no aventuro yo esta afirmación aunque la suscriba—anda a las vueltas con *El Quijote* y corre famosa dando la vuelta al mundo codeándose con el genio in-

mortal de Shakespeare. Por cierto—tengan esto presente los modernos papelones literatos más fecundos que conejas—que el bachiller de la Puebla de Montalbán no escribió más obra que esta cuya alabanza crítica logró encerrar Cervantes en la síntesis admirable y precisa de aquellos sus conocidos versos.

Libro en mi entender divi-
si encubriera más lo huma-

Pasando y repasando estas memorias y dejándome llevar—¡me tira tanto!—de la casi instintiva querencia que siento por el campo, allá me fuí, no digo que alegre, pero sí animoso y dispuesto a espantar el humor perro que pudiera acarrearne el endiablado organillo.

Gozando de la fresca caraba de un regato que baja culebreando de «Los Pizarrales», me da en cara con su verde lozanía un orondo melonar. En mangas de camisa y armado de almocafre escarba y cava las cucurbitáceas un hombre.

Me paro a observarlo; y siendo como soy empecatado catador de tipos, me doy con ahinco a espulgarle el abolengo.

Aquel ejemplar mantecoso y achaparrado que tapa la puerta de su boca—léase hura—con las espesas y rucias crines de su bigote, por donde resbalan gordas las gotas del sudor, hay que buscarlo en el encasillado social con la clasificación de carabinero retirado. Todo en él respira modorra, sesteo, aires blandos de costa.

Estas faenas, unas miajas fatigosas y duras, que obligan a andar con el espinazo doblado, exigen hábito de trabajo y un temperamento recio y fibroso.

Yo no digo las cosas a humo de pajas.

Con el almocafre sujeto entre la correa y el pantalón, moviéndose torpe y cachazudo hasta llegar al sitio donde tiene tirada la blusa, que sirve de cama a su negro perro rabón, y zarceando para los lados mientras lía un pitillo, él dice bien por lo claro quién es.

~ ~ ~

Sigo, anda que te andarás, la vía adelante, y después de pasar «El Puente de la Salud», me dirijo a «Los Montalvos».

Me fijé en un *cotorro* que coronado de grandes peñascos se alzaba sobre los vecinos tesos y me dí a trepar por un lindón arriba hasta que gané la cumbre.

Me encaramé en una peña y me quité el sombrero.

Volanderas y blancas ilusiones de mi alada fantasía, no hayáis

miedo de los ridículos espantajos que levanta cobarde la imbecilidad; animosas plegad vuestras alas y llegad serenas a posaros en el apartado rinconcito con que magnánimo os brinda mi querido «Miranda».

Es él quien más goza cuando os mira libres y juguetonas saltando entre las hojas de esta Revista.

Cantad, pues, dulcemente la alegría ni complicada ni enfadosa que se esconde en la naturaleza cuyas caricias puras ni tiznan ni envilecen.

Despreciad soberanas las muecas que dibuja con mano torpe la envidia disfrutando dignamente del regalado asilo con que la amistad premia vuestra honrada sencillez.

Contad, contad vosotras lo que por mí pasó subido en la peña.

.....

—¿Estamos solos?

—Digo que comencéis.

—Bueno; así haremos.

—Sentado estabas tú ya sobre la peña cuando ocurrió—¿te acuerdas?—pasar volando sobre tu cabeza un pajarito que dejó caer un grano.

Colgadas andábamos nosotras de tu mirada, que gozosa se deleitaba paseándose por las riberas del Tormes, cuando llegamos a enterarnos que nos hacías señas de que volviéramos. A tu servicio estamos: dinos qué te ocurre.

—¿Vosotras no véis encerrada en este suceso alguna enseñanza no menos útil que extraña?

—Quieres saber el significado...

—Ni yo os he llamado más que para eso.

—Antes escucha un consejo...

—No comprendo la tardanza ni acierto a explicarme por qué tembláis al hablar.

—...Mira; goza tú solo la explicación que del caso vamos a darte y no des motivo para que el diablo y los suyos nos zumben.

—Ahora os digo que ni calléis nada ni menos lo déis disfrazado; pues barrunto que el miedo que tenéis...

—Es por tí, que te llamarán extravagante, y por nosotras...

—Bueno, bueno: acabemos de una vez con tanto preámbulo y empezad luego, que se va haciendo tarde.

—Un mocosillo de estudiante, menos aplicado que travieso, eras tú cuando ibas...

—Al grano, al grano.

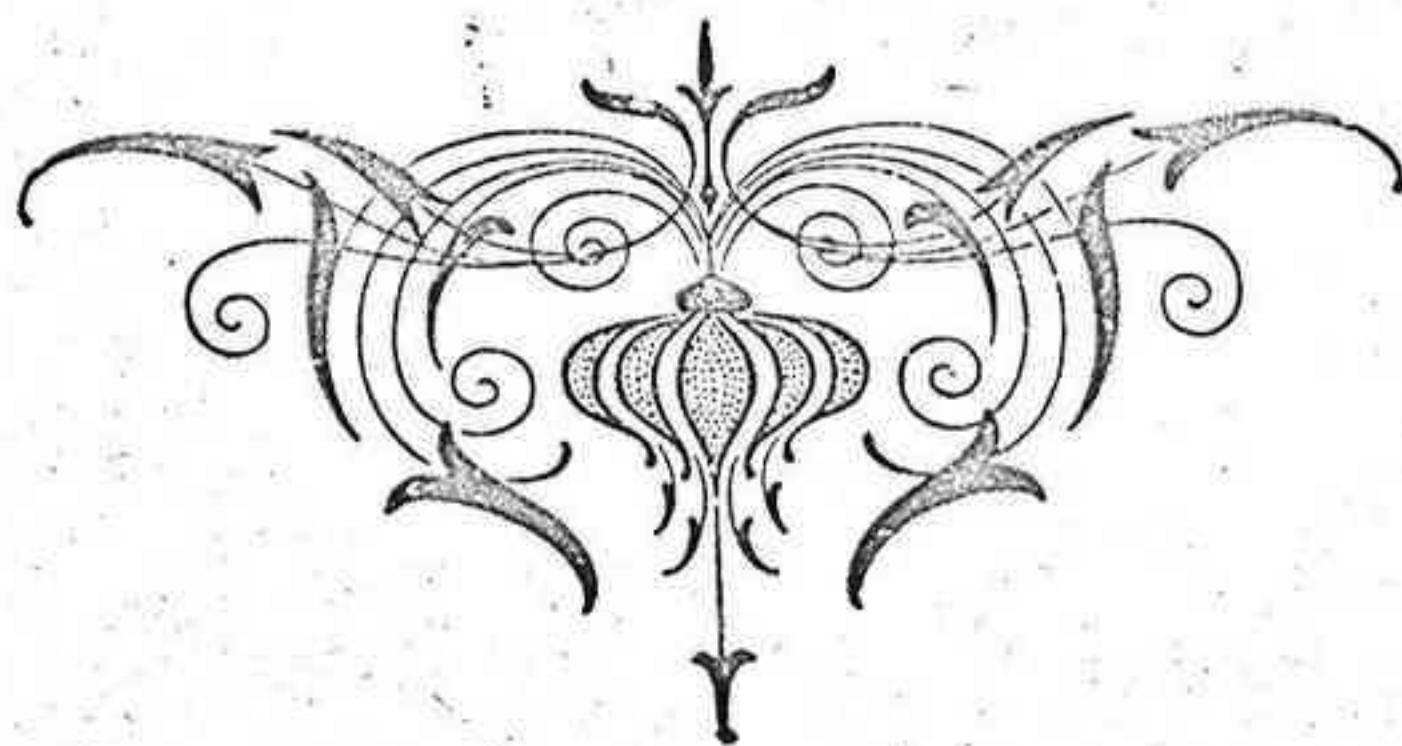
—A clase. Como preparación inmediata—jugando con el peligro—te dedicabas con otros rapazuelos a saltar las cañoneras de la muralla de Ciudad-Rodrigo. Hasta el día ese de nuestro cuento nunca otro alguno te había llevado la delantera. Conociendo tú a tiempo que si perdías era a causa de la embarazosa impedimenta que oprimías bajo el brazo, y no dándote, sin embargo, por vencido, resolviste forzar la marcha aligerando la carga y arrojaste decidido al foso el *Tomo de traducción*.

El autor—el viejo Horacio—danzando por los aires sobre las hojas sueltas de sus fábulas, vino por fin a ocultarse entre los cardos de un rebellín.

Es de creer que abandonado en aquel sitio desahogaría su pena relatando tu hazaña a los pájaros entretenidos en picar la grana.

Sus últimas palabras que, por encargo suyo, recogió el viejo pájaro de cuentas que pasó volando, fueron las siguientes: «Diluye en tu prudencia un *grano* de locura».

PEROPULGAR.





Primer Congreso Nacional Español Catequístico.—Sabido es de todos los católicos, cómo uno de los medios más eficaces, propuestos y ordenados por el inmortal Pontífice Pío X, que felizmente gobierna la Iglesia, para realizar su lema *instaurare omnia in Christo* y curar la gran llaga de la actual sociedad, el indiferentismo, procedente de la ignorancia religiosa, es la enseñanza del catecismo.

Cuanto espere de ella el Pontífice, hállese magistralmente expuesto en su nunca bastante ponderada Encíclica *Acerbo nimis*.

Una práctica constante, consignada en los más antiguos y venerandos documentos de la historia de la Iglesia, y repetida en los Concilios de toda especie con preceptos harto graves y terminantes, nos convence de la necesidad imperiosa de emplear todos los medios y usar de todos los recursos para extender y consolidar esta obra, hoy más que nunca salvadora.

Convencidos de ello el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la Diócesis Vallisoletana y sus sufragáneos los Prelados Comprovinciales, y no contentos con haber puesto en vigor inmediatamente en sus Diócesis, de perfecto acuerdo, los mandatos de Su Santidad, publicando los memorables documentos y reglamentos para su ejecución, de todos conocidos, han concebido la grandiosa idea de celebrar en los días 12, 13, 14 y 15 del mes de Junio del año próximo 1913, un Congreso nacional catequístico en esta ciudad de Valladolid, la que, entre otros títulos nobilísimos, tiene el de haber sido el lugar donde ejerció su apostolado catequístico y publicó sus aplaudidas obras *El catecismo explicado* e *Historia para leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez*, el muy ilustre señor don Santiago José García-Mazo.

Idea ciertamente inspirada y providencial, que ha merecido la aprobación y bendición de Su Santidad en reciente carta dirigida a Su Eminencia Reverendísima, y el aplauso y adhesión de los Reverendos Prelados españoles, y de la que son de esperar copiosísimos frutos; porque, reunidos los católicos españoles en ese Congreso, no solamente será más conocida la obra de la catequesis en todos sus diversos aspectos, sino que se verán de un modo claro por los discursos de las asambleas generales, las discusiones de las secciones y la lectura de las memorias que se presenten, los medios más adecuados y conducentes para implantarla donde no lo esté, y extenderla y consolidarla donde se halle establecida; toda vez que es de esperar que concurren con las luces de su ingenio y el esplendor de su experiencia los catequistas y pedagogos, de que, por dicha nuestra, tan enriquecida se halla nuestra patria.

Al efecto se ha constituido una Junta central compuesta del Eminentísimo señor Cardenal, presidente; M. I. Sr. Dr. D. José Hospital y Frago, Deán de la Santa Iglesia Metropolitana, vicepresidente; M. I. Sres. Dres. D. Manuel de Cas-

tro Alonso y D. Lorenzo Rodríguez y Rodríguez, Canónigos de la S. I. M., secretarios; Sr. D. Antonio Asensio, Apoderado de la casa Jover y Comp.^a, tesorero; M. I. Sr. Don Carlos María de Cos, Canónigo; Dr. D. Antonio González San Román, Arcediano; Lic. D. Domingo Rodríguez Muñoz, Tesorero; Dr. D. Francisco Martín de Castro, Lectoral, y D. Eduardo Alonso, propietario, vocales; con la cual deberán entenderse las diocesanas y cuantos deseen tomar parte en el Congreso.

Persuadida de ello esta Junta central invita a V. a inscribirse como socio y suscribir el adjunto *Boletín*, segura de que con ello prestará un gran servicio a la causa de Dios.

Valladolid, 28 de Mayo de 1912.—*Dr. José Hospital*, Vicepresidente; *Doctor Manuel de Castro*, Secretario.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Don....., estado....., residencia....., se suscribe como socio..... (1)

Congreso Eucarístico nacional de Viena.—El Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá se ha dignado aceptar la presidencia de la peregrinación.

El día que llegue a Viena el Legado de Su Santidad se representará en dicha ciudad uno de los Autos Sacramentales de Calderón de la Barca.

Esta distinción que los organizadores del Congreso de Viena han tenido para nuestra patria es un motivo más para que no escatimemos ningún esfuerzo a fin de que la representación española en el Congreso sea lo más numerosa posible.

Las congregaciones Marianas celebraron en Onda (Plana de Castellón) un mitin imponentísimo. Acudieron más de 10.000 congregantes con banderas y músicas. Hubo comunión general, y más tarde, Misa de campaña en la cima de un cerro.

Su Santidad se ha dignado nombrar Vicario general de los Carmelitas al eminente sociólogo Rvmo. Padre José María Llovera.

En Burgos se ha celebrado con gran solemnidad, el 16 del corriente, el centenario de la batalla de las Navas de Tolosa.

(1) Las clases de socios son:

1.^a Socios NATOS; cuya denominación corresponde exclusivamente a los R. lmes. Prelados.

2.^a Socios PROTECTORES, que serán las autoridades y personas que contribuyan con una cuota superior a la establecida para los de la clase 3.^a

3.^a Socios ACTIVOS, cuya cuota es de 10 pesetas.

4.^a Socios HONORARIOS, cuya cuota es de 5 pesetas.

Los de la 1.^a, 2.^a y 3.^a clase tendrán todos los derechos.

Los de la 4.^a tendrán derecho a la memoria, a asistir a todos los actos y sesiones tanto públicas como privadas, pero no podrán intervenir en las discusiones.

La correspondencia puede dirigirse al Vice-presidente o Secretario del Congreso nacional catequístico **Palacio Arzobispal, VALLADOLID.**

Han asistido a tan grandiosos actos el Pro-Nuncio de Su Santidad, los Obispos de Santander, León, Vitoria, Burgos y Calahorra, el presidente de la Academia de la Lengua, las Ordenes militares, Maestranzas y todas las autoridades de la provincia.

En la Catedral celebróse una misa de pontifical, organizándose después una procesión cívico-religiosa al monasterio de las Huelgas.

También se han celebrado solemnes fiestas conmemorativas del Centenario en Toledo y en Jaén.

La Santa Sede y los peregrinos.—La Santa Sede, que ha colmado de gracias especialísimas la Obra de las peregrinaciones a Tierra Santa y Roma, organizadas por la Junta permanente nombrada por Su Santidad Pío X, acaba de otorgar nueva y honrosísima distinción, relacionada con las fiestas que han de celebrarse en la Basílica de Begoña.

He aquí los términos en que está redactada la concesión otorgada:

«*Sacra Rituum Congregatio, utendo facultatibus sibi specialiter a Ssmo. Dno. Nostro Pío Papa X tributis, attentis expositis, benigne concessit, ut in Basílice B. M. V., vulgo de Begoña, intra fines Victorien. Dioecejeos, diebus 13 et 14 mensis Augusti proxime adventuri. Missa solemnis seu Pontificalis de Assumptione ipsius B.^{ae} M.^{ae} V.^{is}, ut in festo, celebrari, possit; dummodo non occurrat aliquod festum duplex primae classis, et non emittatur Missa Conventualis Officio diei currentis respondens, si eam celebrandi adsit onus: servatis de cetero Rubricis et Decretis. Contrariis non obstantibus quibuscunque. Die 10 Julii 1912.—Fr. S. Card. Martinelli Praef.—† Petrus Lafontaine Ep: Charystum Seul.*»

Por su parte, la Sagrada Congregación del Concilio dispensa, previo el consentimiento de los respectivos Ordinarios y Cabildos, de la residencia y asistencia coral a los que por oficio tengan ambas obligaciones.

Bibliografía.—Escrita en francés para facilitar su lectura en otras naciones y con una cariñosa dedicatoria del autor, llega a nuestras manos una obrita titulada *La proteccion des jeunes filles en Espagne* por Javier Vales Failde, Vicaire General de Madrid, Doctoral de la Chapelle Royale.

La cristiana tanto como patriótica labor social que en este librito da a conocer el culto e infatigable Provisor de Madrid quisiéramos nosotros lograra fijar la atención de los católicos y especialmente del clero cuya actual misión moralizadora reclaman con interés las materias en que se ocupa.

Es altamente consolador el relato minuciosamente detallado de los trabajos que en tan corto espacio de tiempo ha realizado esta benemérita Institución en Madrid.

Ese, ese es el camino.

Está bien que tronemos con celo hasta enronquecer contra la pública desmoralización de costumbres, que clavemos en la frente del vicio corruptor y encanallado el anatema de la ignominia y del crimen, está bien, a ello estamos obligados.

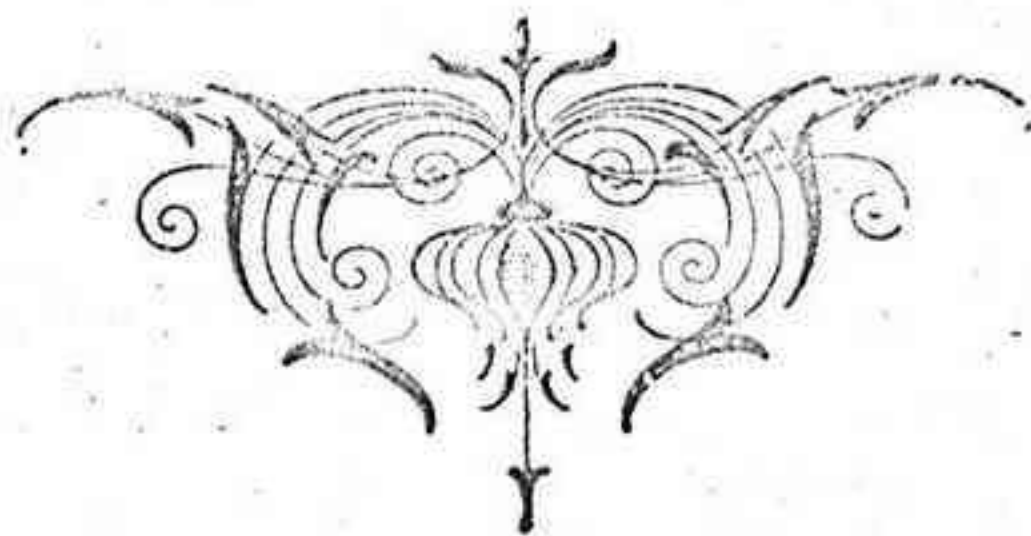
Pero... sin parar ahí: aunando esfuerzos, sembrando beneficios, remediando necesidades, aportando limosnas, arrimando el hombro con ahinco a estas empresas nacionales de previsión y saneamiento moral que con esfuerzo sobrehumano acomete el nuevo apostolado social.

Nuestra incondicional adhesión y un aplauso a la obra que nos da a conocer en toda su importancia el Sr. Vales y Failde.

~ ~ ~

«Boletín parroquial».—Hemos recibido dos números del que publica el celoso párroco de Alba de Tormes, don Matías Monzón. El *Boletín parroquial* sustituye con ventajas, a nuestro juicio, a las hojas dominicales y demás publicaciones análogas, que tienen por fin la vulgarización de la doctrina cristiana, porque al mismo tiempo que consigue este objeto, llevando la explicación del Evangelio, para que lo escuchen y lo entiendan los que no van a oírlo a la iglesia y para que lo retengan más fácilmente los que lo han oído, habla a los fieles de su parroquia, es la voz del párroco que habla a sus feligreses, la voz del padre que enseña a sus hijos sus deberes, y esta comunicación continua y amorosa fomenta la unión y aprieta los lazos que entre unos y otro deben existir. ¡Ojalá que estos lazos parroquiales no se hubieran aflojado nunca!

Felicitemos, pues, cordialmente a nuestro buen amigo, el señor párroco de Alba, y deseamos próspera vida a su nueva obra.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas</u>	<u>Cénts</u>
De D. ^a Ascensión Vereca, por un favor recibido de la Santa . . .	3	»
Entregado por D. Tomás Redondo:		
De D. F. Galíndez.....	100	»
» Most Rev M. J. O'Doherty.. ..	100	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.

